

## Lectio divina y oración compartidas

Vamos a tratar de expresar y de participar una experiencia comunitaria de oración.

Hace unos dos años, un Jueves Santo por la noche, rezamos juntas el capítulo XV de San Juan, en forma de *lectio divina comunitaria*.

Nos reunimos delante del Santísimo, teniendo cada una de nosotras el texto en varias traducciones. Se leyó el Evangelio en voz clara y sin prisa por tres veces.

Después de un momento de silencio, la que dirigía la oración, inició la 2a. fase y fuimos rumiando el texto, versículo por versículo, poniendo de relieve lo que más nos tocaba. El texto iba entrando en nosotras gota a gota.

De nuevo la que orientaba la oración, después que sintió que habíamos "agotado" de aquella manera el texto, retomó dirigiéndose ahora a Cristo: "Señor, tú dijiste. . . Señor, tú eres. . ." y fuimos así repasando nuevamente la palabra en forma directa.

Espontáneamente entramos en la 4ª fase, que nos llevó a rezar, siempre a partir del texto, en ondas de alabanza, de perdón o de súplica.

Desde entonces, cada domingo por la mañana hacemos una *lectio* comunitaria con el evangelio del día. Los huéspedes se asocian a nosotras así como algunas jóvenes que vienen de la ciudad para rezar con nosotras.

Esta *lectio* comunitaria, en la línea de la *lectio divina* que es nuestro alimento cotidiano, nos fue transmitida por una hermana nuestra que la había recibido de un monje benedictino vietnamita, y nosotros la transmitimos a otros en una corriente fraterna.

\* \* \*

Otro tipo de experiencia comunitaria de oración es la oración de contemplación compartida. Llámase "de contemplación" porque cada uno renuncia desde el comienzo a discutir, a cuestionar o a preguntar. Es una forma de diálogo donde cada uno puede expresar su pensamiento y entrar en el pensamiento de otro. Quien nos inició en esta forma de oración es un jesuita, el P. van Schoote.

Estos grupos de oración deben constar de diez personas como máximo, y deben ser grupos de vida. Cada uno debe tener el deseo de rezar, de aceptar el método y de comprometerse realmente en lo que está haciendo.

Es necesario que haya un animador, elegido entre los miembros del grupo.

Se empieza por elegir, juntos, el tema, o un texto de la Escritura, o una situación, o un acontecimiento, la historia de la propia vocación, el tiempo litúrgico, etc. Se presenta el asunto sin entrar en muchos detalles y de modo global, sin introducción, sin preparación previa. Todo esto a fin de que las reacciones puedan ser verdaderamente espontáneas.

Aunque el grupo esté ya adiestrado en este tipo de oración, el animador debe recordar siempre lo que se ha de hacer en cada fase y cuáles son las condiciones para que pueda darse una verdadera oración compartida: que cada uno participe a gusto y voluntariamente y que se exprese con sencillez. Cuanto más simple, despojado, pobre, sin grandes ratiocinios, tanto mejor. Todos deben escuchar, acoger, sin que aparezcan reacciones, sin aprobar o desaprobar.

Hay tres momentos. En el primero, el animador invita a cada uno a hablar, pero cada uno permanece libre de hablar o no. Después que la persona ha expresado libremente lo que más le ha llegado del tema o del texto, el animador hace una síntesis verbal de lo que aquella acaba de decir. Esto porque cada uno tiene el derecho de escucharse y porque la repetición ayuda a penetrar y profundizar. Pero como la palabra dada al grupo ya está dada, si el animador no captó el sentido, la persona que habló no debe corregir.

El ambiente debe ser de apertura, de confianza, de diálogo contemplativo. Hablamos sin buscar originalidad, expresamos la primera impresión aunque sea igual a la de otro que ya habló. En este primer momento escuchamos lo que el Espíritu dice en cada uno de nosotros.

Terminada la primera etapa, hay un tiempo de silencio, de oración. Este intervalo puede ser de unos minutos, o de varias horas en el caso de que el grupo desee prolongar la oración o si el horario lo permitiera. El animador inicia el segundo momento. Cada uno dice entonces lo que más le tocó en lo que el otro habló. Esto no es fácil porque tenemos la tentación de buscar en los otros lo que refuerza nuestro pensamiento. Y lo que ahora buscamos es lo que el otro dijo. Ya no hablamos en nombre propio sino que cedemos el lugar a la iglesia: ella es quien habla a través nuestro.

Cuando todas se han expresado, el animador introduce el tercer momento. Ahora habla sólo quien lo quiere: una oración de súplica, de perdón, de acción de gracias, de alabanza expresada en versículos de la Escritura. Son silencios llenos de oración. Ahora la iglesia calla también: da la palabra a Cristo.

Se termina muy simplemente con un canto, por ejemplo, o cualquier otra cosa apropiada.

Es bueno prolongar el ambiente de comunión con algún refrigerio tomado en común.

Nosotras tenemos la costumbre de hacer este tipo de oración en los grandes momentos de la vida comunitaria: profesiones, fiesta patronal del monasterio, o en los grandes momentos del año litúrgico. Hemos experimentado cuánto ayuda al conocimiento mutuo, a discernir el espíritu de la comunidad. También cuando se está ante un problema serio para buscar la luz sin discusiones y en la oración.

Estas formas de oración común han sido para nosotras todas una verdadera escuela de oración y de lectio divina personal. Nos han ayudado a profundizar en el Oficio, en la Eucaristía y en la convivencia fraterna.

*Monasterio del Encuentro. Curitiba - Brasil*